

CAPITULO XVIII.

El hombre compone y Dios dispone.

En la noche del mismo día de los acontecimientos que anteceden, se notaba en la aldea de los Caribes un bullicio extraordinario, porque habia llegado la noticia de que los Otomacos les declaraban la guerra. El «Uña de Aguila» recibió mensajeros que habian llevado el hacha de la guerra, y se ocupaba de transmitir la noticia á las otras aldeas y de preparar los sacrificios.

Una parte de los guerreros se ocupaba en pintarse la cara y las manos con onote. Otra, fijaba en medio de la plaza los palos que debian servir para el martirio en los sacrificios humanos, y el mismo Apoto se fué, acompañado de algunos jefes, á disponer el *trocana*, que es un instrumento que sirve como telégrafo, á los indios del Orinoco, Apure, Meta, Vichada y Rio-Negro. Di-

vididas en distintas hordas que habitan en lo mas espeso de los bosques, muy distantes unas de otras, necesitan estas tribus de señales que se puedan oír á muchas leguas de distancia. Estas señales son los sonidos del botuto y los del trocana, instrumento que consiste en troncos huecos de cierta clase de madera, que golpeados con un palo grueso, provisto de un boton de goma elástica en una de sus extremidades, produce un fuerte sonido que se oye á larga distancia.

La calidad del sonido, y el órden de los golpes, dan á conocer la clase de noticias que se transmiten. Se anuncia la guerra por medio de un sonido especial; el pedido de víveres por otro, y la llegada de extranjeros por otro tambien.

Este telégrafo original puede transmitir noticias, tanto de dia como de noche, y por eso es una arma terrible y peligrosa en manos de estos indios, pues sin que los europeos lo sospechen, pueden ser sorprendidos por varias tribus reunidas, y creer que con una sola tienen que habérselas. (1)

En aquel momento sonó el trocana, llamando á la guerra con los Otomacos á las tribus amigas. Un grito salvaje y lúgubre, articulado por jóvenes y ancianos, y mezclado con alegría, contestaba á aquel llamamiento. Al mismo tiempo se oían alaridos tan terribles, que Arabela y Julia no podian ménos de estremecerse. Luego seguían los preparativos de la fiesta que debia celebrarse al dia siguiente. Ya estaban listas siete picotas para el martirio, porque los seis Otomacos y el Padre Acosta, hechos prisioneros por la mañana, debian ser sacrificados á Joloquiama, Espíritu maligno, para reconciliarle.

Arabela y Julia nada sabian de esto; pero temian que

(1) Descripcion de los Trocanos, por los dos célebres naturalistas Spix y Martius.

u cediera. La primera estaba tranquila y resignada. Su último rayo de esperanza se había desvanecido. ¿Qué podía esperar de estos terribles salvajes, juntamente con su amiga, sino la muerte despues de haber fracasado la fuga? Solo la atormentaba la idea de que el Padre Acosta sufriese la misma suerte, pasando acaso por los mayores tormentos. Tambien Julia estaba resignada. Blanca como el mármol, y puesta de rodillas, procuraba en vano rezar. El terror y su enfermedad la habian casi privado de la facultad de pensar, y solo una idea dominante llenaba su alma, y era la de recibir con humildad el castigo que Dios le habia destinado para expiar los crímenes de sus padres. En su choza reinaba un profundo silencio, y estaba mas vigilada que ántes. Solo penetraban de fuera los alaridos de los salvajes y el grito de guerra.

Repentinamente entró el Apoto, terrible como el dios de la guerra, y pintada de nuevo su cara. Sin embargo, aunque sus facciones eran graves y severas, se notó un sentimiento compasivo en su semblante; pero esta muestra de la debilidad de su corazon, se dejó ver solo instantáneamente, apareciendo luego su gravedad acostumbrada.

—Mis hijas no han oido la voz de su padre, dijo con calma. Ellas han despreciado su proteccion.

—Que perdone el padre á sus hijas, contestó Arabela con voz muy débil. Ellas aman la libertad y por eso la han buscado.

Siguió una pausa. Era una especie de homenaje de admiracion, que el jefe de los salvajes tributaba á la extraordinaria niña; pero siempre venció en él la preocupacion innata de un salvaje, y contestó en tono firme, casi imperativo:

—La libertad es para el guerrero, no para la mujer. El padre intenta colocar bien á sus hijas.

—Si tiene un corazon para ellas, que les conceda una súplica, dijo Arabela.

—Está escuchando.

—Que sea su muerte pronta y sin martirio, y que perdone la vida al amigo blanco que intentaba salvarlas.

El Apoto guardó silencio por un momento. Despues dijo:

—Las niñas blancas no han de morir.

—Pero ellas desean la muerte, replicó Arabela.

—Guerreros mueren y hombres, cuando llaman el botuto y el trocano..... mueren para calmar la cólera de Joloquiamo..... pero no mujeres.

—¿Y si buscan la muerte y la desean?

—Ellas vivirán, contestó el Apoto con firmeza, y se adornarán mañana para la fiesta de boda.

—¿Cómo exclamó Arabela. ¿No estamos consagradas al Gran Espíritu como vehucos?

—Lo habeis estado. Vuestra fuga ha cambiado vuestra posicion y aniquilado el brazo del Apoto. El Ojo de Aguila y el Orguloso Cedro están adornando sus chozas. Mañana sereis sus mujeres, y ellos os recibirán en sus brazos.

—¡Jamás! exclamó Arabela con ojos chispeantes.

El Apoto guardó silencio; pero se mostró algo colérico. A una mujer Caribe la habria aniquilado por semejante respuesta, mientras que á Arabela contestó únicamente:

—Las niñas de los Caribes vendrán á adornar á sus hermanas blancas. Mis hijas obedecerán, si no quieren experimentar la cólera de su padre.

Arabela guardó silencio, tranquilizándole la posesion de la flecha envenenada, para el último caso.

Julia ya no tenía voluntad propia, y estaba dispuesta á someterse al sacrificio, viendo en esto la mano de la Providencia que la castigaba.

—¿Y el hombre blanco? preguntó Arabela con el corazón lleno de temor, pues aunque á ella no la arredraba la muerte, sufría horriblemente á causa de la incertidumbre de la suerte de su maestro y fiel amigo.

—Morirá en el palo del martirio, contestó el Apoto algo taciturno.

Entonces se echó Arabela á los piés del anciano, pintándose en sus facciones el horror y la desesperación..... Suplicó ardientemente con las lágrimas en los ojos..... apuró toda su elocuencia..... En vano, el Apoto guardó silencio, y cuando ella esperaba llena de excitación su última palabra, la dijo:

—No hay medio de salvarlo. Ya pertenece á Joloquiama, y los hombres de la guerra, ántes sufrirían la muerte mas ignominiosa, que devolver esta víctima. Que Cachimana, el Bueno y Grande Espíritu, dé consuelo á mi hija.

Dichas estas palabras, que indicaban alguna compasión, salió de la choza.

La mañana siguiente ofreció escenas muy originales. Antes de salir el sol, ya habia mucho movimiento en la aldea. Por una parte, se dirigia una procesion de mu- jeres y niños á la habitacion de Arabela y Julia, y por otra, una multitud de guerreros armados de flecha, pululaba en la plaza, en cuyo centro se hallaban levanta- dos ocho palos de martirio, en los cuales estaban bien asegurados el Padre Acosta y los prisioneros Otomacos, atados de piés y manos, y vigilados por guardias. Los salvajes cautivos, que sabian muy bien la suerte que les esperaba, manifestaban en sus facciones cierta alti- vez taciturna, mientras que en el rostro digno del Padre Acosta, se notaba un profundo dolor, al mismo tiempo que la resignacion de una alma grande. ¿Qué era para él la muerte, aún la del mayor martirio? ¿No habia muerto también su gran maestro, Jesucristo, en los ma-

yores tormentos? Solo la suerte de las dos niñas le inquietaba sobremanera.

Lo que él habia podido hacer para salvarlas, habia puesto en práctica. Despues de haber sido infructuosos todos los pasos del Gobernador para encontrar á su hermana, se puso en camino el Padre Acosta, para buscar á su amiga, aun por los bosques mas distantes. Cerca de dos meses anduvo por todas partes, sufriendo hambre y sed, calor y cansancio, sin temer á la serpiente venenosa, ni al sangriento tigre, ni al hacha del Otomaco, ni á la flecha envenenada del Caribe, como tampoco á la sed de sangre de los Tobas, ni á la crueldad de los Payacuas.

Y el cielo le habia favorecido. Sabiendo los idiomas de los indios, encontró amigos entre los Otomacos, y con regalos conquistó al Piache, quien por su calidad de médico y hechicero, era considerado entre todas las tribus como una persona sagrada. Este indígena encontró la huella de las niñas: preparó su fuga, y..... las cosas del mundo están en un continuo vaiven y un cambio incesante, y este cambio debe ser la voluntad de Dios, por no haber dado al poder ni á la sabiduría la fuerza necesaria para contenerlo.

El Padre Acosta habia hecho cuanto dependia de su arbitrio, y despues de frustrada la fuga, debia ver en su suerte y en la de su discípula una voluntad superior..... Como hombre de Iglesia se sometió á ella; pero no con debilidad, sino con la resignacion de una alma grande.

También Arabela se hallaba tranquila, firme y resuelta, y se habia resignado á su suerte; pero no por debilidad como Julia, sino en el sentido de una alma heroica y activa. Sufrió con indiferencia que las horribles mujeres de los Caribes la adornasen para la boda con un salvaje, lo mismo que á Julia; pero Arabela estaba resuelta á que nadie la abrazase, sino la muerte, y á que su último suspiro se mezclase con el del Padre

Acosta. Oyó también con frialdad y desprecio las burlas de las asquerosas mujeres, que cantando y riendo la rodeaban, porque estaba convencida de que estos seres degradados se gozaban de antemano, en los martirios que la harían sufrir cuando se salieran los guerreros.

Era una cosa sabida, que estos salvajes desnudos, tanto hombres como mujeres, no conocían mayor gozo que ver los martirios de un enemigo; porque lo que son para el hombre civilizado la ópera y demás espectáculos teatrales, es para los habitantes de los bosques vírgenes la vista de un enemigo prisionero, que sufre el más horrible martirio, así como es el mayor adorno del guerrero un gran número de cabelleras quitadas al enemigo. También las ideas de belleza y de goce son muy diferentes entre ellos: los célebres viajeros y naturalistas, Spix y Martius, oyeron vanagloriarse orgullosamente y con alegría, al Miranhas y á su mujer, una grande y bella india, de haber comido carne humana y agradádoles muchísimo.

Las trenzas de Arabela y Julia, fueron adornadas con plumas de papagayo y picazas. También les pusieron, cantando y batiendo las indias, collares de dientes de tigre. A todo se manifestaron dóciles, menos á que se les pintase la cara y las manos de encarnado.

Concluido el adorno, les indicaron las mujeres tener que seguirlas á las chozas de los hombres que las esperaban. Julia las siguió silenciosamente, y casi sin conocimiento, mientras que Arabela dirigía su mano al seno, donde tenía oculta la flecha envenenada; pero la retiró luego, erguiéndose orgullosamente..... quería ver por última vez al Padre Acosta, y..... morir á sus piés.

Al fin la comitiva de mujeres se puso en movimiento; pero ¡oh vista horrible! la fiesta de guerra ya había comenzado. Entre alaridos salvajes ejecutaban los hombres sus danzas de guerra en derredor de los palos del martirio, donde ya el tercer Otomaco espiraba bajo los

mas terribles tormentos, sin exhalar la menor queja. Los Caribes le habían quitado la piel en tiras, con cuchillos afilados.

Julia se desmayó: las muchachas caribes la llevaron á la choza del Orguloso Cedro, y Arabela se precipitó á los piés del Padre Acosta. La fiesta se había interrumpido por esta ocurrencia. Un grito furioso resonó entre todos los guerreros, preparando sus arcos..... pero el Apoto, con una señal, les impuso silencio, grave, y solemnemente se acercó á Arabela, puso una mano en sus hombros y dijo:

—¿Por qué interrumpes mi hija la fiesta de los guerreros?

Arabela no contestó. Abrazando los piés de su amigo paternal, su último dolor carecía de palabras.

—Cálmate, hija mia, la dijo el Padre, con dulzura. Es la voluntad del Eterno que yo muera. Vive tú, porque para tí aún hay esperanzas.

Los hermosos ojos de Arabela se dirigieron entonces al Apoto, y le dijo con voz desfallecida como la de un moribundo, aunque con la altivez que le era peculiar:

—Mi padre me dejará sola unos momentos con mi blanco amigo.

En las facciones del anciano jefe se notó cierta compasión, y sin decir una palabra se retiró.

—Padre mio, dijo entonces Arabela en voz baja, no habreis de querer que yo profane á la vez el cuerpo y el alma, trasformándome á la hora de vuestra muerte en la mujer de un salvaje aborrecido.

—Mi hija Arabela es la prometida de Soto, contestó el Padre Acosta con dulzura y lleno de dolor.

—¡Oh! ¿por qué mencionar ese nombre querido en esta hora terrible? exclamó Arabela. Yo amo á Soto y á mi hermano sobre todas las cosas; pero estos últimos momentos de mi vida pertenecen solo á Dios y á mi amigo paternal.

—De manera que tratas de morir, hija mia.

—Yo moriré con vos, padre mio.

—Si tu honor peligra, no puedo contradecirte.

—Llevó en mi seno una punta de flecha envenenada..... ¿puedo yo ante Dios?.....

—Si tu honor peligra, y te salvas en el seno del eterno y puro amor..... te perdonará Dios que atentes contra tu existencia.

—¿Y la Iglesia?

—Te absuelve por mí de todo pecado.

—Os doy gracias, mi amado y paternal amigo, exclamó entonces Arabela, abrazando las rodillas del Padre Acosta con delirio; y os las doy muy expresivas por los innumerables bienes que me habeis hecho durante mi vida, y..... ¡adios..... para siempre!

Siguió una pausa..... dos corazones se despedazaban por el dolor de la separacion.

Entonces levantó Arabela su mano derecha lentamente y con precaucion, hácia el lugar donde tenia oculta la punta de flecha.....

Repentinamente se oyeron como truenos sobre las cabezas de los que se hallaban en la plaza. De veinte á treinta Caribes caian traspasados de flechas y balas.

—¡Justo Dios! exclamó el Padre Acosta. ¡Arabela, detente!..... ¡Humboldt!... ¡Benpland!... ¡Soto!...

Arabela dió un grito tan penetrante, como si le hubieran sepultado un puñal en el pecho. Llevó ambas manos á su helada frente, y..... cayó sin sentido.

Entre tanto, se habia empeñado una terrible lucha: mas de trescientos Otomacos, guiados por el Piache, y acompañados de Humboldt y sus amigos (á quienes el Breviario encontrado por casualidad y los informes del Piache, hicieron descubrir el paradero del Padre Acosta y de las niñas), lograron sorprender á los Caribes.

El Apotó y sus hijos, á la cabeza de los guerreros mas valientes, luchaban como leones. En vano.....

tenian que sucumbir al mayor número. Tendidos sobre un monton de cadáveres exhalaban su último suspiro.

Entre tanto, el Piache desató al Padre Acosta y Arabela, la valerosa niña, se arrojó llorando á los brazos de Soto, sin poder proferir una palabra, sucediendo á éste otro tanto.

Pero Humboldt y Bonpland, apoyados en sus armas de fuego, derramaban lágrimas de gozo y alegría, exclamando el primero.

—¡Qué desenlace tan maravilloso! Estábamos llenos de mal humor cuando la sospecha pueril de hombres escasos de inteligencia, nos obligó á retroceder desde la frontera de las posesiones portuguesas..... y ahora..... ¿qué seria de todos nosotros sin este aparente contra-tiempo?

Y en el interior de los dos amigos resonaba el adagio: «el hombre compone, y Dios dispone.»